

ELIZABETH STROUT
Olive Kitteridge

Traducción de Rosa Pérez Pérez



Duomo ediciones

Barcelona, 2018

Título original: *Olive Kitteridge*

© 2008, Elizabeth Strout

Esta traducción se ha publicado gracias al acuerdo con Random House,
una división de Penguin Random House LLC.

© 2010, de la traducción: Rosa Pérez Pérez

© 2018, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2018

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634-41-5

Código IBIC: FA

DL B 5948-2018

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
David Pablo

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para mi madre,
que puede hacer mágica la vida
y es la mejor narradora de cuentos que conozco.*

Marea creciente

La bahía había empezado a rizarse y la marea estaba subiendo, de manera que era posible oír las piedras más pequeñas moviéndose conforme el agua las arrastraba. También se oía el chasquido de los cables golpeando los mástiles de los veleros amarrados. Unas cuantas gaviotas graznaban al abatirse para recoger las cabezas, colas y lustrosas tripas de pescado que el niño arrojaba al agua mientras limpiaba las caballas en el muelle. Todo esto veía Kevin mientras permanecía en su coche con las ventanillas parcialmente bajadas. El coche estaba aparcado en la zona herbosa, no lejos del puerto. Había dos camiones aparcados más adelante, en la gravilla junto al muelle.

Kevin no sabía cuánto tiempo había transcurrido. En cierto momento, la puerta acristalada del puerto se abrió con un silbido y volvió a cerrarse de golpe, y Kevin vio a un hombre calzado con oscuras botas de goma caminando despacio, arrojando un rollo de maroma a la parte de atrás del camión. Si el hombre reparó en Kevin, no dio muestras de ello, ni tan siquiera cuando dio marcha atrás con el camión y volvió la cabeza en la dirección de Kevin. No había motivo para que se reconocieran. Kevin no había estado en aquel pueblo desde que era niño; desde los trece años, cuando se marchó con su padre y su hermano. Ahora era tan desconocido aquí como podría serlo cualquier turista y, no obstante, contemplando la bahía bañada

por los rayos de sol que se colaban entre las nubes, reparó en cuán familiar le resultaba; no se lo esperaba. El aire salado le impregnaba la nariz; los rosales japoneses, con sus flores blancas, le despertaban una vaga confusión; sus lozanos pétalos blancos parecían ocultar un triste aire de ignorancia.

Patty Howe llenó dos tazones blancos de café, los dejó en la barra, dijo, en voz baja, «De nada» y fue a coger los panecillos que acababan de pasarle por la ventanilla desde la cocina. Había visto al hombre del coche –llevaba allí bastante más de una hora–, pero la gente lo hacía a veces, salir del pueblo solo para contemplar el mar. Aun así, había algo en él que la inquietaba. «Son perfectos», dijo al cocinero, porque los panecillos estaban crujientes por arriba, amarillos como soles nacies. Que su olor a pan recién hecho no le provocara náuseas, como le había ocurrido en dos ocasiones el año anterior, la entristeció; la invadió un leve abatimiento. El médico les había dicho: «En estos tres meses, no debéis ni planteároslo».

La puerta acristalada se abrió, se cerró de un golpe. Por el ventanal, Patty vio que el hombre del coche seguía mirando el agua y, mientras servía café a un matrimonio anciano que se había sentado discretamente en una mesa y les preguntaba cómo estaban aquella hermosa mañana, de pronto supo quién era el hombre y algo pasó por encima de ella, como una sombra cruzando por delante del sol. «Aquí tienen», dijo al matrimonio, y no volvió a mirar por la ventana.

«Oye, ¿por qué no viene Kevin aquí y no al revés?», había sugerido la madre de Patty, cuando ella era tan pequeña que la cabeza solo le llegaba a la encimera de la cocina, y ella había hecho un gesto de negación: no quería ir. Kevin le daba miedo; en el parvulario, se chupaba la muñeca con tanto ahínco

que siempre tenía en ella un brillante moratón redondo, y su madre –alta, de pelo oscuro y voz grave– también la asustaba. Ahora, mientras colocaba los panecillos en una bandeja, pensó que la reacción de su madre había sido inteligente, casi brillante. Kevin había ido a su casa y no al revés, y había dado pacientemente a la comba mientras Patty saltaba sin parar, con el otro extremo de la cuerda atado a un árbol. Hoy, cuando regresara a casa después del trabajo, pasaría a ver a su madre. «Ni te imaginas a quién he visto», diría.

El niño del muelle se levantó, con un pozal amarillo en una mano y un cuchillo en la otra. Una gaviota se abatió sobre él y el niño blandió el cuchillo. Kevin lo vio volverse para subir la rampa, pero había un hombre bajando sin prisas al embarcadero. «Hijo, deja el cuchillo en el pozal», gritó, y el niño lo hizo, con cuidado, y luego se agarró a la barandilla y subió la rampa para ir al encuentro de su padre. Aún era lo bastante pequeño para cogerse de su mano. Juntos, miraron en el pozal; luego, subieron al camión y se marcharon.

Kevin, observando todo aquello desde su coche, pensó: «Bien», y se refería a que no había sentido ninguna emoción al observar aquello, al hombre y al hijo.

«Muchas personas no tienen familia –había dicho el doctor Goldstein, rascándose la barba blanca y sacudiéndose luego, sin inmutarse, cualquier cosa que le hubiera caído en el pecho–. Pero continúan teniendo un hogar.» Y había entrelazado las manos, con calma, sobre su gran estómago.

De camino al puerto, Kevin había pasado por delante de la casa de su infancia. La calle seguía sin asfaltar, con hondas rodaderas, pero había unas cuantas casas nuevas ocultas entre los árboles del bosque. Los troncos deberían ser el doble de anchos,

y quizá lo eran, pero el bosque continuaba siendo como él lo recordaba, espeso, enmarañado y agreste, y dejó entrever un irregular pedazo de cielo cuando giró por la cuesta que conducía a su casa. Fue el cobertizo lo que le aseguró que no se había equivocado de calle, el cobertizo de vivo color rojo junto a la casa y, justo al lado, la piedra de granito que había sido tan grande que Kevin la veía como una montaña cuando se encastraba a ella con sus zapatillitas de lona. La piedra seguía allí, y la casa, pero la habían reformado: ahora la circundaba un porche y la vieja cocina ya no estaba. Claro: no habían querido conservar la cocina. Lo aguijoneó el resentimiento, fugazmente. Redujo la marcha, escudriñando la casa en busca de indicios de que hubiera niños. No vio ninguna bicicleta, ningún columpio, ninguna casita construida en un árbol, ninguna cesta de baloncesto, solo una nomeolvides rosa colgada junto a la puerta.

Sintió alivio, que se le manifestó como una sensación bajo las costillas, como agua lamiendo suavemente la orilla en bajar, como una reconfortante quietud. En el maletero del coche había una manta, y él la utilizaría de todos modos, aunque no hubiera niños en la casa. En aquel momento, la manta envolvía un rifle, pero cuando regresara (pronto, mientras aquel alivio aún acariciara, discretamente, la impasibilidad interior que había sentido en el largo trayecto hasta allí) se tendería sobre las agujas de pino y se tataría con la manta. ¿Y qué si era el hombre de la casa quien lo encontraba? ¿O la mujer que había colgado la nomeolvides rosa? Ella no se quedaría mucho tiempo mirando. Pero que lo hiciera un niño... No, Kevin no podía soportar la idea de que un niño descubriera lo que había descubierto él: que la necesidad de su madre de devorar la vida había sido tan inmensa y apremiante como para dejar restos de corporeidad en todos los armarios de la cocina. «Da igual», le dijo su mente mientras dejaba la casa atrás. Da igual.

El bosque estaba allí, y aquello era lo único que quería: yacer sobre las agujas de pino, tocar la corteza fina y quebradiza de un cedro, tener las hojas del alerce por encima de él, los lirios del valle, con sus anchas hojas verdes, a su lado. Las primulas blancas, las violetas silvestres; su madre le había mostrado todas aquellas plantas.

El creciente crujido de los mástiles de los veleros le hizo apercebirse de que se había levantado viento. Ahora, las gaviotas habían dejado de graznar y los despojos de pescado ya no estaban. Una gorda gaviota que había estado posada en la barandilla de la rampa no muy lejos de él alzó el vuelo, y batió las alas solo dos veces antes de que la brisa la encumbrara. Huesos huecos; Kevin había visto huesos de gaviota cuando era pequeño, en Puckerbrush Island. Había gritado de horror cuando su hermano recogió unos cuantos para llevárselos a casa. «Déjalos donde están», le había gritado.

«Estados y rasgos –había dicho el doctor Goldstein–. Los rasgos no cambian; los estados de ánimo, sí.»

Llegaron dos coches y aparcaron cerca del puerto. No pensaba que fuera a haber tanta actividad en fin de semana, pero era casi julio y la gente tenía veleros; vio a una pareja, no mucho mayor que él, bajar con una gran cesta por la rampa, que ya no era tan empinada ahora que la marea había subido. Y entonces se abrió la puerta acristalada del restaurante y de él salió una muchacha que llevaba una falda por debajo de las rodillas y un delantal –podría haber salido de otro siglo–. Tenía un cubo metálico en la mano y, mientras se dirigía al muelle, Kevin le miró los hombros, la larga espalda, las delgadas caderas. Era preciosa, como podría serlo un arbolito conforme el sol vespertino trazaba su arco sobre él. Se despertó en él un anhelo que no era sexual, sino un deseo de aprehender la simplicidad de sus formas. Dejó de observarla y dio un ligero respingo al ver

que había una mujer mirándolo por la ventanilla del acompañante, su rostro próximo, con los ojos clavados en él.

La señora Kitteridge. Joder. Estaba exactamente igual que en la clase de séptimo, la misma cara franca de pómulos altos; aún tenía el pelo oscuro. Él la había apreciado, cosa que no todo el mundo hacía. Ahora le habría hecho un gesto para que se fuera, o habría puesto el coche en marcha, pero el recuerdo del respeto que le tenía lo frenó. Ella golpeó la ventanilla con los nudillos y, después de vacilar, él se inclinó sobre el asiento y terminó de bajarla.

–Kevin Coulson. Hola.

Él la saludó con la cabeza.

–¿No me invitas a sentarme en tu coche?

Él cerró los puños en su regazo. Comenzó a negar con la cabeza...

–No. Solo...

Pero ella ya había entrado; una mujer corpulenta que ocupaba todo el asiento, con las rodillas casi pegadas al salpicadero. Se puso un gran bolso negro en el regazo.

–¿Qué te trae por aquí? –preguntó ella.

Él miró el agua. La joven estaba regresando del muelle; las gaviotas graznaban frenéticamente detrás de ella, batiendo sus grandes alas y lanzándose en picado; debía de haber echado almejas vacías al agua, tal vez.

–¿Has venido de visita? –insistió la señora Kitteridge–. ¿Desde Nueva York? ¿No es ahí donde vives ahora?

–Dios santo –dijo Kevin en voz baja–. ¿Es que todo el mundo lo sabe todo?

–Pues claro –dijo ella con calma–. Aquí no tenemos otra cosa que hacer.

Tenía la cara vuelta hacia él, pero Kevin no quería encontrarse con sus ojos. El viento parecía estar arreciando en la

bahía. Se metió las manos en los bolsillos para no chuparse los nudillos.

–Ahora tenemos mucho turismo –dijo la señora Kitteridge–. Lo invaden todo en esta época del año.

Él emitió un sonido gutural, en respuesta no al dato –qué más le daba–, sino a que ella se hubiera dirigido a él. Observó a la esbelta mujer del cubo, que entró en el restaurante con la cabeza gacha y cerró con cuidado la puerta acristalada.

–Es Patty Howe –dijo la señora Kitteridge–. ¿Te acuerdas de ella? Patty Crane. Se casó con el hijo mayor de los Howe. Una chica estupenda. No hace más que abortar, y eso la apena.

Olive Kitteridge suspiró, cambió la posición de los pies y –para gran sorpresa de Kevin– tiró de la palanca a fin de ponerse más cómoda, corriendo el asiento hacia atrás.

–Sospecho que un día de estos van a dejarla como nueva y entonces se quedará embarazada de trillizos.

Kevin se sacó las manos de los bolsillos, se hizo crujir los nudillos.

–Patty era estupenda –dijo–. La había olvidado.

–Continúa siéndolo. Te lo acabo de decir. ¿Qué haces en Nueva York?

–Oh. –Kevin alzó una mano, vio las marcas rojas que la salpicaban, se cruzó de brazos–. Estoy haciendo la especialización. Me licencié en Medicina hace cuatro años.

–Vaya, es impresionante. ¿En qué te estás especializando?

Kevin miró el salpicadero; ¿cómo podía ser que no hubiera advertido la mugre que tenía? Allí, bajo aquel sol, parecía estar diciéndole a la señora Kitteridge que Kevin era un vago patético, sin una pizca de dignidad. Respiró hondo y dijo:

–Psiquiatría.

Esperaba que ella dijera «Ahhh...» y, cuando no dijo nada, la miró y descubrió que solo estaba asintiendo con naturalidad.

–Este sitio es precioso –dijo él, mirando la bahía con los ojos entornados.

El comentario contenía gratitud por lo que él percibía como discreción por parte de ella, y además era cierto con respecto a la bahía, que Kevin parecía estar contemplando a través de un gran cristal, más grande que el parabrisas, y que tenía, en su opinión, una suerte de esplendor: los veleros que cruzaban mecidos por el viento, el agua rizada, los rosales japoneses. Cuánto mejor ser pescador para pasar el día inmerso en aquello. Pensó en las tomografías que había estudiado, buscando siempre a su madre, con las manos en los bolsillos, asintiendo con la cabeza mientras los radiólogos hablaban y a veces notando lágrimas bajo los párpados: el engrosamiento de la amígdala, el aumento de lesiones en la materia blanca, la grave disminución del número de células gliales. Los sesos de los bipolares.

–Pero no voy a ser psiquiatra –dijo.

El viento estaba soplando con mucha fuerza, haciendo que la rampa que conducía al embarcadero subiera y bajara.

–Imagino que en ese oficio tienes que lidiar con muchos chiflados –dijo la señora Kitteridge, colocando bien los pies, haciendo ruido al arrastrarlos por la arenilla del suelo del coche.

–Algunos.

Había ido a la Facultad de Medicina creyendo que se haría pediatra, como su madre, pero la psiquiatría lo había atraído, pese a reconocer que quienes se hacían psiquiatras lo hacían como consecuencia de sus traumas de infancia, siempre buscando, buscando, buscando la respuesta en los escritos de Freud, Horney, Reich de por qué eran los monstruos anales, narcisistas y egocéntricos que eran, pero negándolo al mismo tiempo, por supuesto. ¡Qué sandeces había presenciado entre sus colegas, sus profesores! Su propio interés se había visto reducido a víctimas de torturas, pero también eso había acabado

por desesperarlo, y cuando por fin había empezado a visitar al doctor Murray Goldstein y le había explicado su intención de trabajar en La Haya con torturados cuyos pies estaban en carne viva, cuyos cuerpos y mentes se hallaban en un ruinoso estado de deterioro, el doctor Goldstein había dicho: «¿Estás loco o qué?».

Lo habían atraído los locos. Clara –vaya nombre–, Clara Pilkington le pareció la persona más cuerda que había conocido. Curioso, ¿no? Tendría que haber llevado una pancarta en el cuello: CLARA LA LOCA.

–Seguro que conoces el viejo dicho –dijo la señora Kitteridge–. Los psiquiatras están locos, los cardiólogos no tienen corazón...

Kevin la miró.

–¿Y los pediatras?

–Tiranos –reconoció la señora Kitteridge, encogiéndose de hombros.

Kevin asintió con la cabeza.

–Sí –musitó.

Un momento después, la señora Kitteridge dijo:

–Bueno, es posible que tu madre no pudiera evitarlo.

Kevin se sorprendió. Su impulso de chuparse los nudillos era como un picor torturante y se pasó varias veces las manos por las rodillas, rozando el agujero de sus vaqueros.

–Creo que mi madre era bipolar –dijo–. Aunque nunca se lo diagnosticaron.

–Comprendo. –La señora Kitteridge asintió con la cabeza–. Hoy en día podrían haberla ayudado. Mi padre no era bipolar. Estaba deprimido. Y no hablaba nunca. Ahora a lo mejor podrían haberlo ayudado.

Kevin se quedó callado. «Y a lo mejor no», pensó.

–Mi hijo está deprimido.

Kevin la miró. Tenía perlas de sudor en las bolsas de los ojos. Advirtió que, de hecho, estaba mucho mayor. Naturalmente que no era la misma de antes, la profesora de matemáticas de séptimo a quien los alumnos tenían miedo. Él también se lo había tenido, pese a tenerle aprecio.

–¿Qué hace? –preguntó Kevin.

–Es podólogo.

Kevin sintió que una sombra de tristeza pasaba de ella a él. Ahora, el viento racheado soplaba en todas las direcciones y la bahía parecía una tarta azul y blanca con un glaseado disparatado, con los picos alzándose en una dirección, luego en otra. Las hojas de los álamos que bordeaban el puerto revoloteaban en el aire, sus ramas dobladas todas hacia un lado.

–He pensado en ti, Kevin Coulson –dijo ella–. He pensado en ti.

Él cerró los ojos. La oyó cambiar de postura a su lado, volvió a oír la gravilla rozando la alfombrilla de goma cuando ella arrastró el pie. Iba a decir «No quiero que piense en mí» cuando ella añadió:

–Tu madre me caía bien.

Él abrió los ojos. Patty Howe había vuelto a salir del restaurante; se dirigía al sendero que bordeaba la costa y Kevin sintió una cierta inquietud en el pecho; allí solo había roca, si recordaba bien, con una caída vertical. Pero ella ya lo sabría.

–Lo sé –dijo, volviéndose hacia el rostro grande e inteligente de la señora Kitteridge–. Usted le caía bien a ella.

Olive Kitteridge asintió con la cabeza.

–Era una mujer inteligente.

Kevin se preguntó durante cuánto tiempo tendría que seguir aquello. Y, no obstante, significaba algo para él, que ella hubiera conocido a su madre. En Nueva York, no la había conocido nadie.

–No sé si lo sabes, pero a mi padre le pasó lo mismo.

–¿El qué? –Kevin frunció el entrecejo, se pasó brevemente por la boca el nudillo del dedo índice.

–Se suicidó.

Kevin quiso que se marchara; era hora de que se marchara.

–¿Estás casado?

Él negó con la cabeza.

–No, mi hijo tampoco. Saca de quicio a mi pobre marido. Henry quiere que todo el mundo se case, que sea feliz. Yo le digo: «Por el amor de Dios, no le metas prisa». Aquí no hay mucho donde escoger. En Nueva York, supongo que...

–No estoy en Nueva York.

–¿Cómo?

–Que ya no estoy en Nueva York.

Kevin percibió que ella estaba a punto de preguntarle algo; le pareció que casi podía palpar sus ganas de darse la vuelta para mirar en el asiento trasero, para ver qué había en su coche. Si lo hacía, iba a tener que decirle que él necesitaba irse, pedirle que se marchara. La observó por el rabillo del ojo, pero ella siguió mirando al frente.

Advirtió que Patty Howe tenía unas tijeras de podar en la mano. Con la falda azotada por el viento, estaba junto a los rosales japoneses, cortando algunas rosas blancas. Siguió mirando a Patty, con la rizada bahía extendida por detrás de ella.

–¿Cómo lo hizo? –Se pasó la mano por el muslo.

–¿Mi padre? Se pegó un tiro.

Ahora, los veleros atracados se levantaban mucho por la proa y volvían a bajar como si una iracunda criatura submarina tirara de ellos. Las rosas blancas de los rosales japoneses se doblaban, se enderezaban, volvían a doblarse, mientras las hojas dentadas que las rodeaban oscilaban como si también

ellas fueran un mar. Vio que Patty Howe se apartaba de los rosales y agitaba la mano, como si se hubiera pinchado con sus espinas.

–No dejó ninguna nota –dijo la señora Kitteridge–. Oh, mi madre lo pasó fatal con el asunto de la nota. Pensaba que lo menos que podría haber hecho era dejar una nota, como hacía cuando se iba al colmado. Mi madre decía: «Siempre tuvo la consideración de dejarme una nota cuando iba a algún sitio». Pero, en verdad, él no había ido a ninguna parte. Estaba en la cocina, el pobre.

–¿Se sueltan alguna vez esos barcos?

Kevin imaginó la cocina de su infancia. Sabía que una bala del calibre 22 podía desplazarse a lo largo de más de un kilómetro y medio, que podía atravesar un tablón de casi veinticinco centímetros de grosor. Pero, después de atravesar el velo de un paladar, el tejado de una casa, después de eso, ¿hasta dónde llegaba?

–Oh, a veces. No tan a menudo como cabría esperar, vista la fuerza que pueden alcanzar estos vientos racheados. Pero, de vez en cuando, uno se suelta y se arma la gorda. Tienen que ir a buscarlo, esperar que no se haga pedazos contra las rocas.

–¿Demandan entonces al puerto por negligencia? –Kevin dijo aquello para distraerla.

–No sé cómo enfocan esa clase de cosas –respondió la señora Kitteridge–. Dependerá de las condiciones del seguro, imagino. Actos de negligencia o actos de Dios.

En ese mismo instante Kevin advirtió que le gustaba el sonido de su voz, sintió la adrenalina corriéndole por las venas, la familiar e increíble intensidad, el infatigable organismo que quería seguir existiendo. Escudriñó el mar con los ojos entorpecidos. El viento había arrastrado hacia allí grandes nubarrones grises, pero el sol, como si estuviera compitiendo con ellos,

vertía sus rayos amarillos sobre partes del mar que centelleaban con delirante viveza.

–No es corriente que una mujer utilice un arma de fuego –dijo la señora Kitteridge con aire pensativo.

Kevin la miró. Ella no le devolvió la mirada; solo contempló las aguas agitadas cada vez más altas.

–Bueno, mi madre no era una mujer corriente –dijo gravemente.

–No –corroboró la señora Kitteridge–. No lo era.

Una vez terminado su turno, Patty Howe se había quitado el delantal y, al ir a colgarlo al almacén, había visto por la polvorienta ventana las azucenas amarillas que crecían en el reducido pedazo de césped que se extendía al final del puerto. Las imaginó en un jarrón junto a su cama. «Yo también estoy desilusionado –había dicho su marido–, ya sé que debes de tener la sensación de que solo te pasa a ti.» Se le humedecieron los ojos recordando aquello; notó que un gran amor la embargaba. Nadie echaría de menos las azucenas. Nadie iba hasta el final del puerto, en parte porque el sendero que discurría por el borde era muy estrecho, con una pendiente escarpadísima. Por insistencia de las compañías aseguradoras, habían colocado recientemente un cartel de PROHIBIDO EL PASO e incluso se estaba hablando de vallar la zona antes de que algún niño pequeño, desatendido, se escurriera hasta los arbustos que allí crecían. Pero Patty solo cortaría unas cuantas azucenas y se marcharía. Encontró las tijeras de podar en un cajón y salió a recoger su ramo, advirtiéndole al salir que la señora Kitteridge estaba con Kevin Coulson en su coche, y eso le dio sensación de seguridad, que la señora Kitteridge estuviera con él. No sabría decir por qué, y no se paró a pensarlo. Se había levantado muchísimo

viento. Recogería de prisa las flores, las envolvería en servilletas de papel húmedas y pasaría a ver a su madre de camino a casa. Primero se inclinó sobre los rosales japoneses, pensando en lo bien que combinarían el blanco y el amarillo, pero parecían haber cobrado vida y le pincharon en los dedos. Se volvió y tomó el sendero que conducía a las azucenas.

–Bueno, ha sido un placer verla, señora Kitteridge –dijo Kevin.

La miró, haciendo un gesto con la cabeza que pretendía ser un adiós. Era mala suerte que se hubiera topado con él, pero no era responsabilidad suya. Se había sentido responsable con respecto al doctor Goldstein, a quien había llegado a querer de verdad, pero hasta eso había ido disminuyendo mientras conducía por la autopista.

Olive Kitteridge estaba sacando un pañuelo de papel de su enorme bolso negro. Se lo aplicó a la frente, al nacimiento del pelo, sin mirar a Kevin.

–Ojalá no hubiera heredado esos genes de mí –dijo.

Kevin puso los ojos en blanco de forma casi imperceptible. La cuestión de los genes, el ADN, el ARN, el cromosoma 6, la dopamina, las sandeces sobre la serotonina; había perdido el interés por todo aquello. De hecho, lo indignaba como podría hacerlo una traición. «Estamos a punto de comprender las bases de cómo funciona el cerebro a nivel molecular y real», había dicho un célebre académico en una conferencia el año anterior. Los albores de una nueva era.

Siempre estaba amaneciendo una nueva era.

–No es que el chico no haya heredado unos cuantos genes chiflados de la familia de Henry. Su madre estaba completamente loca, ¿sabes? Era odiosa.

–¿La madre de quién?

–La de Henry. Mi marido. –La señora Kitteridge sacó sus gafas de sol y se las puso–. Supongo que hoy en día no hay que decir «loco», ¿no?

Lo miró. Kevin había estado a punto de chuparse la muñeca, pero volvió a poner las manos en el regazo.

«Váyase, por favor», pensó.

–Pero tuvo tres crisis nerviosas y la trataron con electrochoques. ¿No es eso suficiente? –añadió ella.

Kevin se encogió de hombros.

–Bueno, el cerebro le funcionaba de una forma rara. Supongo que al menos puedo decir eso.

Loco era cuando uno cogía una cuchilla de afeitar y se hacía cortes en el torso. En los muslos, los brazos. CLARA LA LOCA. Loco era eso. La primera noche que estuvieron juntos a oscuras, él palpó los cortes. «Me he caído», le había susurrado ella. Kevin se había imaginado viviendo con ella. Cuadros en la pared, la luz que entraba por la ventana de un dormitorio. Amigos en el día de Acción de Gracias, un árbol de Navidad porque Clara querría uno.

«Esa chica solo va a traerte problemas», había dicho el doctor Goldstein.

No competía al doctor Goldstein decir una cosa como esa. Pero ella solo le había traído problemas: tan pronto cariñosa como furiosa. Los cortes que se hacía, eso lo había vuelto loco. La locura engendra locura. Y después se había ido, porque eso hacía Clara: dejaba a las personas y todo lo demás, para irse con sus obsesiones a otra parte. La loca de Carrie A. Nation, la primera mujer partidaria de la ley seca, que se había dedicado a destrozarse tabernas con hachas y a vender luego las hachas, le tenía sorbido el seso. «¿No es la cosa más guay que has oído?», le había preguntado Clara, tomando un sorbo de leche de soja. Era así. Precipitándose de una cosa a la siguiente.

«Todo el mundo sufre en una mala relación», había dicho el doctor Goldstein.

De hecho, eso no era cierto. Kevin conocía personas que no habían sufrido en una mala relación. No muchas, quizá, pero unas cuantas. Olive Kitteridge se sonó la nariz.

–Su hijo –dijo Kevin de repente– ¿puede seguir ejerciendo?

–¿A qué te refieres?

–A su depresión. ¿Sigue yendo a trabajar todos los días?

–Sí, claro.

La señora Kitteridge se quitó las gafas de sol, le lanzó una mirada suspicaz.

–¿Y el señor Kitteridge? ¿Está bien?

–Sí. Está pensando en pedir la jubilación anticipada. Han vendido la farmacia, tendría que trabajar para la nueva cadena y exigen un montón de normas absurdas. Patético, cómo va el mundo.

Todo era muy triste. Siempre era patético cómo iba el mundo. Y siempre estaba amaneciendo una nueva era.

–¿Qué hace tu hermano? –preguntó la señora Kitteridge. Kevin se notó cansado. Quizá fuera bueno.

–Lo último que sé es que estaba viviendo en la calle en Berkeley. Es drogadicto.

La mayor parte del tiempo, Kevin no consideraba que tuviera un hermano.

–¿Dónde fuisteis después de aquí? ¿A Texas? Eso es lo que recuerdo. ¿Tu padre encontró trabajo allí?

Kevin asintió con la cabeza.

–Supongo que quería alejarse lo más posible de aquí –añadió ella–. El tiempo y la distancia, como dicen siempre. No sé si es cierto.

Para zanjar la conversación, Kevin dijo, con indiferencia:

–Mi padre murió el año pasado de cáncer de hígado. No se

volvió a casar nunca. Y yo apenas lo vi una vez que me fui de casa.

Su padre no había asistido jamás a la entrega de ninguna de las titulaciones que había obtenido, en todas las facultades y universidades donde había estudiado con las becas de investigación que le habían concedido. Pero cada ciudad había sido prometedora. Al principio, en cada lugar había dicho: «Aquí estoy. Puedes vivir aquí. Puedes descansar aquí. Puedes encajar». Los inmensos cielos del sudoeste, las sombras que se proyectaban en las montañas del desierto, los innumerables cactus –con la punta roja, o las flores amarillas o la cúspide chata–; todo aquello lo había animado, al principio, cuando se había ido a vivir a Tucson, donde estuvo saliendo solo de excursión y, más adelante, con compañeros de la universidad. Tucson quizá hubiera sido su favorita, de haberse visto obligado a elegir, con el fuerte contraste entre los polvorientos espacios abiertos de allí y el accidentado litoral de aquí.

Pero todas esas ciudades y sus prometedores contrastes –los altos y blanquísimos edificios acristalados de Dallas; las calles bordeadas de árboles de Hyde Park en Chicago, con escaleras de madera detrás de cada piso (esas le habían gustado especialmente); los barrios de West Hartford, que parecían salidos de un libro de cuentos, las casas, los céspedes perfectos– se convertían en lugares que, antes o después, de un modo u otro, le aseguraban que, de hecho, no encajaba.

Cuando se licenció en Medicina en Chicago, donde asistió a la ceremonia de graduación solo por una de sus profesoras –una mujer amable que había dicho que la entristecería no tenerlo allí–, estuvo sentado bajo el fuerte sol, oyendo al rector de la universidad. Las últimas palabras que les dirigió, «Amar y ser amados es lo más importante en la vida», despertaron en él un miedo interno que creció y lo impregnó,

como si el alma misma se le estuviera poniendo tirante. Pero qué cosas decía aquel hombre con su venerable túnica, pelo blanco y cara de abuelo. No debía de tener la menor idea de que aquellas palabras pudieran causar una exacerbación tal del mudo pavor que anidaba en Kevin. Hasta Freud lo había dicho: «Debemos amar o enfermamos». Se lo estaban diciendo clarísimamente. Todas las carteleras, películas, portadas de revistas, anuncios de televisión, todo se lo estaba diciendo clarísimamente: nosotros pertenecemos al mundo de la familia y el amor. Y tú no.

En Nueva York, su destino más reciente, había abrigado más esperanzas que en ningún otro. Los metros repletos de aquella variedad de colores apagados y personas con aspecto crispado lo relajaban; las diferentes ropas, las bolsas de la compra, personas durmiendo o moviendo la cabeza al compás de una melodía oída por auriculares... Los metros le habían encantado y, durante un tiempo, también las actividades de los hospitales. Pero su relación con Clara, y su final, lo habían inducido a retraerse, por lo que ahora las calles le parecían atestadas y aburridas, todas iguales. Al doctor Goldstein lo apreciaba, pero ya estaba; todos los demás se habían vuelto aburridos, y él había pensado cada vez más en lo provincianos que eran los neoyorquinos y en que no lo sabían.

Comenzó a querer ver la casa de su infancia, una casa donde, incluso ahora, sentado en su coche, no creía haber sido feliz ni una sola vez. Pero, extrañamente, la tristeza del edificio parecía embargarlo con la misma dulzura que el recuerdo de una relación amorosa. Porque Kevin tenía algunos recuerdos de relaciones dulces y breves –muy distintas del interminable calvario con Clara–, y ninguno podía igualarse al deseo interno, la nostalgia que sentía por aquel lugar. Aquella casa donde las sudaderas y las chaquetas de lana hedían a sal húmeda y a

madera enmohecida... El olor lo ponía enfermo, al igual que lo hacía el olor a fuego de leña, como el que su padre encendía a veces en la chimenea y atizaba distraídamente. Kevin pensó que debía de ser la única persona del país que odiaba el olor a fuego de leña. Pero la casa, la maraña de árboles y madresevas, la sorpresa de una zapatilla de mujer entre las agujas de pino, las anchas hojas de los lirios silvestres del valle, todo aquello lo echaba de menos.

Echaba de menos a su madre.

«He hecho este espantoso peregrinaje... He vuelto en busca de más...» Kevin deseó, como a menudo hacía, haber conocido al poeta John Berryman.

—Cuando era niña —dijo la señora Kitteridge, con las gafas de sol en la mano—, me escondía en el cajón de la leña cuando mi padre llegaba a casa. Y él se sentaba encima y decía: «¿Dónde está Olive? ¿Dónde puede estar Olive?». Eso seguía hasta que yo daba golpecitos en un lado del cajón, y entonces él fingía que se sorprendía. «Olive. ¡No tenía ni idea de dónde estabas!», decía. Y yo me reía, y él también. —Kevin la miró; ella se puso las gafas de sol—. No sé cuánto duró aquello, supongo que hasta que ya no cupe en el cajón.

Kevin no supo qué decir. Se estrujó las manos tan disimuladamente como pudo, mirando el volante. Percibía la voluminosa presencia de la mujer e imaginó —por un fugaz momento— que había un elefante sentado a su lado, uno que quería pertenecer al reino humano, y con una inocente dulzura, como si tuviera las rollizas patas delanteras cruzadas en el regazo y la trompa se le hubiera movido solo un poco al terminar de hablar.

—Es una historia bonita —dijo.

Pensó en el niño que había estado limpiando pescado, en cómo le había tendido la mano su padre. Volvió a pensar en

John Berryman. «Sálvanos de las escopetas y los suicidios de padres... ¡Piedad!... No aprietes el gatillo o durante toda mi vida padeceré tu ira...» Se preguntó si la señora Kitteridge, siendo profesora de matemáticas, sabría mucho de poesía.

–Mira cuánto viento se ha levantado –dijo ella–. Siempre es emocionante, mientras tu embarcadero no se vaya flotando, como ocurría con el nuestro. Henry bajaba hasta esas rocas, con esas olas. Dios mío, qué jaleo se armaba.

Una vez más, Kevin descubrió que le gustaba el sonido de su voz. Por el parabrisas, vio que las olas eran más altas y rompían en el espigón con tanta fuerza que el aire se llenaba de espuma, la cual caía lánguidamente al suelo, y las gotas atravesaban las vetas de sol que aún se abrían paso entre los nubarrones. Comenzó a notarse la cabeza tan agitada como el oleaje. «No se vaya», dijo su mente a la señora Kitteridge. «No se vaya.»

Pero aquella agitación interna era una tortura. Pensó en que el día anterior por la mañana, en Nueva York, cuando había ido a buscar el coche, por un momento no lo había visto. Y el corazón le había dado un vuelco, porque lo tenía todo planeado y ¿dónde estaba el coche? Pero estaba ahí, justo ahí, la vieja camioneta Subaru, y entonces supo que lo que había sentido era esperanza. La esperanza era como un cáncer que lo corroía. No la quería, de ninguna manera. Ya no podía soportar aquellos brotes de esperanza reverdecida que crecían en su interior. Aquella horrible historia del hombre que saltó –y sobrevivió–, que se había paseado por el puente Golden Gate durante una hora, llorando, y había dicho que, si alguien se hubiera parado a preguntarle por qué lloraba, no habría saltado.

–Señora Kitteridge, tiene que...

Pero ella estaba incorporándose, mirando por el parabrisas con los ojos entornados.

–Un momento, qué demonios...

Y, moviéndose más aprisa de lo que Kevin habría creído posible, había salido del coche, dejando la puerta abierta, y había corrido hasta el espigón, abandonando su gran bolso negro en la hierba. Desapareció un momento y luego reapareció, agitando los brazos, gritando, aunque él no oía lo que decía.

Se bajó del coche y le sorprendió la fuerza del viento azotándole la camisa.

–¡Deprisa! ¡Deprisa! –gritaba la señora Kitteridge, agitando los brazos como una gaviota gigantesca.

Kevin corrió hasta ella y miró el agua, la marea más alta de lo que imaginaba. La señora Kitteridge señaló varias veces con el brazo y él vio la cabeza de Patty Howe asomando brevemente por encima de las aguas revueltas, como la cabeza de una foca, el cabello mojado y oscurecido, y luego Patty volvió a desaparecer, con la falda enredada en las algas batidas por las olas.

Kevin se dio la vuelta, abriendo los brazos como si quisiera abrazarse a la escarpada pared rocosa mientras resbalaba por ella, pero no había nada a lo que abrazarse, solo una lisura que le arañó el torso, desgarrándole la ropa, la carne, la mejilla, y luego las frías aguas se alzaron por encima de él. Lo aturdió lo frías que estaban, como si lo hubieran arrojado a un enorme tubo de ensayo lleno de una pernicioso sustancia química que le corroía la piel. Su pie dio con algo firme en el violento vaivén del agua; se volvió y la vio alargando los brazos hacia él, con los ojos abiertos, la falda enrollada alrededor de la cintura; intentó asirse a él, no lo consiguió, lo intentó otra vez, y la agarró él. El agua retrocedió un momento y, cuando una ola fue de nuevo a sumergirlos, Kevin tiró de Patty con fuerza y ella se le agarró tan fuerte que él jamás habría imaginado que, con aquellos brazos tan delgados, pudiera aferrarse a nada con tanta fuerza como se asía a él.

El agua se retiró de nuevo y ambos respiraron; luego volvió a sumergirlos y él dio con la pierna en algo, una vieja cañería, inmóvil. La siguiente vez, los dos levantaron mucho la cabeza cuando el agua se retiró, y tomaron de nuevo aire. Kevin oyó a la señora Kitteridge gritando desde arriba. No distinguió las palabras, pero comprendió que iban a socorrerlos. Solo tenía que impedir que Patty se soltara y, cuando el agua los tragó otra vez, le agarró el brazo con más fuerza para hacérselo saber: no la soltaría. Aunque, mirándola a los ojos en las saladas aguas revueltas, con el sol apareciendo entre ola y ola, pensó que querría que aquel momento fuera eterno: la mujer de pelo oscuro en tierra pidiendo ayuda para ellos, la muchacha que en su día había saltado a la comba como una reina, aferrándose ahora a él con una ferocidad que igualaba la fuerza del mar. ¡Oh, mundo loco, absurdo e incognoscible! Cuánto quería vivir ella, cuánto quería resistir.